

Amparo Dávila, las mujeres y la culpa

Ma. del Rocío Muñoz García

La obra de Amparo Dávila es muy original, los elementos que la conforman hablan de cosas que parecerían cotidianas y que a cualquiera le pueden pasar. Sin llegar a ser fantástica, nos traslada a un mundo no real, donde las vivencias del lector le pueden dar una interpretación a cada uno de sus cuentos.

Sus historias tienen personajes muy concretos y bien definidos, pero al mismo tiempo deja muchas puertas abiertas a la interpretación, como en los cuentos «El huésped», que nos deja la interrogante qué o quién era; en «Moisés y Gaspar» nos preguntamos qué eran esas creaturas; en «Música concreta», ¿realmente era un sapo o solo la imaginación de Sergio por todo lo que le dijo Marcela? La invitación es a que cada uno de los lectores termine de dibujar las historias. El INBA hizo una reseña de la trayectoria de la escritora; aquí rescato algunos comentarios de ella misma sobre su obra:

Trato de lograr en mi obra un rigor estético basado no solamente en la perfección formal, en la técnica, en la palabra justa, sino en la vivencia. La sola percepción formal, no me interesa porque la forma no vive por sí misma; es, digamos, la sola justificación de la escritura.¹

Y agregó que,

hay textos técnicamente bien escritos, pero que nacen muertos: no quedan en la memoria de quien los lee. No creo en la literatura hecha solo a base de la inteligencia o la pura imaginación. Creo en la literatura vivencial, ya que esto, la vivencia, es lo que comunica a la obra la clara sensación de lo conocido, de lo ya vivido, y hace que perdure en la memoria y en el sentimiento, y constituye su fuerza interior y su más exacta belleza.²

Los paisajes, las costumbres y muchos de los personajes que retrata efectivamente son de provincia, lo que hace que su narrativa pueda incluirnos a todo el resto del país que no integramos la capital o parte de las grandes urbes; entonces, podemos hacer lo que Amparo Dávila llama «li-

¹ INBAL, «Amparo Dávila, pionera del cuento fantástico», Boletín No. 445, 18 de abril de 2020.

² *Idem*.

teratura vivencial», porque conocemos esos olores, colores y sonidos de los que hablan sus cuentos, pero sobre todo, conocemos los pensamientos, sueños y miedos con los que crecimos los que vivimos en provincia, en especial las mujeres

En efecto, a nosotras nos corresponde reconocernos en las historias que cuenta. La influencia de su obra no solo se da entre los escritores, sino que ha dado lugar a un punto de reunión para reflexionar acerca de lo que viven las mujeres. En sus textos no hace alarde de ideologías ni denuncias, solo describe ambiguamente lo que les pasa a muchas mujeres, pero esa ambigüedad es la que vuelve visible el dolor, el sufrimiento y la oscuridad por los que pasan muchas de ellas, ya que cada una puede descubrir su propia historia reflejada, como en un espejo, en la cual solo ella puede reconocerse.

Alberto Chimal publicó una reseña de la obra de Amparo Dávila que resume lo que expongo, pero creo que está mejor dicho:

Como algunas otras celebridades literarias de México, Amparo Dávila prefería dar a sus cuentos fantásticos algún otro calificativo, para protegerlos de otro prejuicio: el que la cultura de mi país tiene, incluso hoy, contra la imaginación fantástica como recurso estético y posibilidad de reflexión. Ella eligió el adjetivo vivencial, con el cual subrayaba la parte más personal de sus influencias. Hasta hoy, más de un crítico se cree literalmente esa maniobra evasiva, y se hace nudo intentando reducir cuentos como «El huésped», «Tiempo destrozado» o «La señorita Julia» a ejemplos del «relato testimonial» o la «literatura femenina» (categoría de por sí sexista, evidentemente). Pero Amparo Dávila sobrepasa todas esas lecturas. La oscuridad — en la casa, en la ciudad, en el universo — se vuelve su aliada, y ambas nos llaman, una y otra vez, para volver a contarnos sus historias y sus enigmas.³

³ Alberto Chimal, «Amparo Dávila: una escritora desde la oscuridad» en *Este País* [web], 16 de octubre de 2020.

Las mujeres y la culpa

El sentimiento de culpa puede carcomer a cualquiera, no es algo que se pueda controlar sin las herramientas adecuadas. Todos padecemos de este mal, por generaciones especialmente las mujeres; esto es fruto de las expectativas que se tienen de nuestro rol dentro de la familia y la sociedad y, sobre todo, las que tenemos sobre nosotras mismas: el rol que elegimos o nos designaron para desempeñar en nuestra propia vida.

Los cuentos de Amparo Dávila son un reflejo de esas expectativas que tiene la sociedad mexicana de nosotras las mujeres y cómo nosotras no siempre podemos con el peso de esas exigencias, tales como ser bonita; diligente; paciente; prudente; cariñosa; tierna; querer casarte, o por lo menos tener pareja; ser madre; cuidar de todos: padres, hermanos, hijos; cuidar todo: el dinero, la casa, la comida, la ropa y un largo etcétera. Todo lo anterior sin reproches y casi en silencio y en solitario.

Negar la maternidad como algo querido, ansiado por las mujeres, es impensable. En «El último verano», Amparo Dávila presenta lo que pasan muchas mujeres, esa soledad en la maternidad, aunque el marido esté a un lado; la angustia de verse envuelta en una situación que no previó y, además, no quiere.

Y ella que durante días y días, y todavía unas horas antes, había llorado de sólo pensar que ya había llegado a esa terrible edad en la que la maternidad, la lozanía y el vigor terminan, ahora, al recibir la noticia, no experimentó ninguna alegría, por el contrario una gran confusión y una gran fatiga. Porque, claro, era bien pesado después de siete años volver a tener otro niño, cuando ya se han tenido seis más y una ya no tiene veinte años, y no cuenta con quién le ayude para nada y tiene que hacerlo todo en la casa y arreglárselas con poco dinero, y con todo subiendo día a día.⁴

⁴ Amparo Dávila, «El último verano» en *Cuentos reunidos*, FCE, México D. F., 2009, p. 206.

El cansancio es lo más terrible y constante en la vida de la mayoría de las mujeres y no solo el físico y emocional, sino el mental; es lo que a cualquier mujer lleva a la culpa, por no poder «cumplir» con todo lo que se nos pide o nos exigimos.

Porque ya no quería volver a empezar; otra vez las botellas cada tres horas, lavar pañales todo el día y las desveladas, cuando ella ya no quería sino dormir y dormir, dormir mucho, no, no podía ser, ya no tenía fuerzas ni paciencia para cuidar otro niño, ya era bastante con lidiar con seis y con Pepe, tan seco, tan indiferente [...] sí, otro hijo más y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga.⁵

Todos, hombres y mujeres, alguna vez cobramos conciencia de la tragedia en la vida y, con ella, agravamos el sentimiento de culpa al reconocer dos aspectos: nuestro lado oscuro del alma y la certeza de indefensión ante el gobierno del destino. Ese sentimiento de culpa, cuanto más profundo, más capaz es de ofuscarnos e inclinarnos a la búsqueda de desenlaces adversos.

Pasaban los días, las semanas, y seguía sin encontrar resignación ni esperanza. La fatiga aumentaba con los días y una gran debilidad la obligaba a recostarse, en ocasiones, varias veces durante el día. Así transcurría el verano.⁶

Las mujeres y los hombres en general posponemos las decisiones difíciles; es más cómodo esperar a que alguien más asuma la responsabilidad. Pero conforme pasa el tiempo y no se soluciona el problema o nuestras circunstancias no cambian, la incertidumbre crece, y esta se vuelve miedo ante la inminencia de tener que asumir la responsabilidad de tomar una decisión.

⁵ *Ibidem*, pp. 206-207.

⁶ *Ibidem*, p. 207

El miedo recóndito que desde tiempos inmemoriales experimenta la humanidad ante el poder de fuerzas que nos rebasan o el dilema electivo que experimentamos ante el mandato de la fortuna, repetimos reacciones similares a las representadas unívocamente por los personajes que, de manera emblemática, fueron creados primero por el genio de la Grecia arcaica y después por Shakespeare para representar los dramas esenciales y atemporales de la existencia asociados al amor, al dominio, al poder, la furia, los celos, la codicia, la envidia, etcétera.⁷

Y estos dramas, inseparables de la «ceguera» que aparece ante el descontrol de las emociones, desencadenan situaciones parecidas a la sufrida por la protagonista de «El último verano», quien sin mencionar su nombre, nos muestra su vida en un punto que parece que no hay escapatoria. Este cuento cumple con lo que Marta Robles, en *Culpas viejas, mujeres nuevas*, dice al respecto de la literatura, como la que recrea la vida para ilustrar la existencia y hacerla comprensible al universalizar la experiencia, pues hasta hoy la humanidad no ha encontrado mejor manera de desentrañar, presentar y representar lo que, al padecerlo a distancia o en carne propia, parece escapar a las explicaciones satisfactorias.

Conflictos menores y mayores nos envuelven, cada minuto, en una realidad colmada de desafíos que nos obligan a responder del modo que, en ocasiones, menos esperaríamos o desearíamos. Lo desconocido, lo que debemos enfrentar, retos impuestos por la presión económica, la inseguridad cotidiana, el miedo a la miseria, el desempleo, la delincuencia; las expectativas de la sociedad, la familia y la incertidumbre que determinan nuestras respuestas a un medio que al mismo tiempo moldea nuestra manera de asimilar sus contradicciones y rechazarlas con la misma virulencia con que la sociedad la arroja sobre nosotros.

⁷ Martha Robles, *Culpas viejas, mujeres nuevas*, FCE, México D. F., 2011, p. 23.

Una de esas noches en que no lograba conciliar el sueño y el calor y la desesperación la hacían levantarse y caminar, salió a refrescarse un poco y se recargó en el barandal de la escalera que bajaba de las habitaciones hacia el huerto. [...] Estaba observando indiferente a las luciérnagas, que se encendían y se apagaban poblando la noche de pequeñas y breves lucecitas, cuando algo caliente y gelatinoso empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas.⁸

Pedir que alguien o algo solucione nuestros problemas es natural en el ser humano. Cuando nos sentimos incapaces de tomar la decisión ya que nuestras creencias entran en juego, el estado de indefensión crece y nos sentimos atrapados irremediabilmente en las manos del destino, como la protagonista de «El último verano», quien enfrenta el aborto espontáneo con un sentimiento de culpa, ya que siente que sus quejas se volvieron ruego y fueron escuchadas: le duele la pérdida de ese hijo, pero el alivio es mayor. El destino decidió.

Los cuentos de Amparo Dávila nos permiten reflexionar sobre la manera en que las mujeres nos enfrentamos al mundo, descubrir qué nos mueve para reaccionar de una manera u otra ante los problemas de la vida. Los personajes que construye Amparo parecen poco complejos, personas que no sobresalen y, sin embargo, cuentan una historia de mujeres que viven tragedias internas. Desdobra la personalidad para dar pie a la verdadera historia de la psique de los personajes, que además no están tan lejos de nosotras mismas.

El miedo a la soledad, a no cubrir nuestras propias expectativas y las de los otros, la violencia expuesta y soterrada que viven las mujeres y los niños, así como la culpa, son solo algunos de los elementos que de una manera fantástica, es decir, a través de la fantasía, nos muestra Amparo Dávila, quien debería ser personaje central de la literatura mexicana, no solo zacatecana.

Fuentes

Chimal, Alberto, «Amparo Dávila: una escritora desde la oscuridad» en *Este País* [web], 16 de octubre de 2020. Consultado el 6 de febrero de 2022. <<https://estepais.com/cultura/amparo-davila-una-escritora-desde-la-oscuridad/>>. Dávila Amparo, «El último verano» en *Cuentos reunidos*, FCE, México D. F., 2009, pp. 205-209. INBAL, «Amparo Dávila, pionera del cuento fantástico», *Boletín* No. 445, 18 de abril de 2020. Consultado el 6 de febrero de 2022. <<https://inba.gob.mx/prensa/14104/amparo-davila-pionera-del-cuento-fantastico>>. Robles, Martha, *Culpas viejas, mujeres nuevas*, FCE, México D. F., 2011.

⁸ Dávila, *op. cit.*, pp. 207-208